

Aquel verano no tuvo otra geografía que la piscina. Mi tía Margot llegaba siempre por la tarde, a la hora de la siesta, con todo el calor. Sigilosa, entreabría la cancela de la finca y de puntillas, igual que una bailarina, cruzaba el jardín desnudándose a la carrera para, con el mayor de los descaros, zambullirse en el agua como Dios la trajo al mundo.

Cuando mi madre descubrió semejante osadía, le rogó con tono serio y cierto retintín que en lo sucesivo no volviera a olvidarse el bañador. Por lo demás, mientras le lanzaba una toalla para que se cubriera, le advirtió que podía sentirse como en casa, pero manteniendo las buenas costumbres. Acto seguido, le sirvió un vaso de limonada para demostrarle que en su reprimenda no había displicencia, y poniendo cara de pocos amigos, me dirigió la mirada con aire interrogante, alzando la jarra.

—Sí, también me apetece una limonada. Gracias, mamá —contesté.

La escena del encontronazo entre las dos mujeres de mi vida, aunque tuvo un final feliz, me resultó algo incómoda, pues no supe muy bien qué hacer, ni dónde meterme.

Antes de dar media vuelta y marcharse haciendo equilibrios con la bandeja, que giró como un platillo volante sobre la yema del dedo corazón de su mano derecha, mi madre nos rellenó los vasos, y allí nos dejó, a la sombra del árbol de Judea, que nos sirvió de refugio a Margot y a mí para conversar de nuestras cosas, completar unos crucigramas, adivinar el futuro en las palmas de nuestras manos y, por mi parte, hacerle algunas fotografías con la Polaroid.

Poco antes de que anocheciera, mi tía Margot dio por terminada su visita diaria. La acompañé hasta la cancela y, como era 21 de junio, le deseé un feliz verano.

—Feliz verano, tía.

—¿A pesar de todo lo que está ocurriendo ahí fuera? —preguntó.

—A pesar de todo lo malo que pasa en el mundo, te deseo feliz verano.

—Nos vemos mañana. Que descanses.

Cuando ya se había alejado unos pasos, le recordé entre risas que no se olvidara el bañador.

—No te olvides el bañador.

—Sí, no te preocupes —contestó, y añadió con cierto tono de fastidio—: Traeré el dichoso bañador. No vaya a ser que la serpiente del paraíso se me enrosque entre las piernas.

Cerré la cancela, eché el cerrojo y la vi alejarse bajo la fronda fresca de los sicomoros. Sujeto a los barrotes como un preso, no dejé de contemplarla hasta que la lejanía y la falta de luz la hicieron desaparecer.

—Adiós, Margot —dije para mí—. Adiós.

Y de repente le grité:

—¡Y feliz verano! —Pero creo que no me escuchó.

Lo peor de todo es que ella me llevaba siete u ocho años. Y aunque me trataba con cariño, no fui más que su sobrino preferido. Yo acababa de cumplir los doce y estaba pirradito por sus huesos. Cuánto te quiero, tía Margot. Feliz verano.